

res.» Viase David en perpetua afliccion, era siempre su voz clamor de gemidos, eran sus ojos urnas de lágrimas; no contaba un dia pacífico ni una hora sin asechanzas; su propio hijo le fué batalla; via á los impíos gozar de paz y quietud. ¿Qué pues le allanó el camino en que se embarazaba, y le dió firmeza? Oigámoslo de su boca en el siguiente verso. Están en la paz deste mundo los impíos, (1) porque su muerte está cierta en su fin para la eternidad; y es firme y inevitable su castigo, aunque ahora no padecen los trabajos que padecen los hombres, ni el azote que cae sobre los hombres cae sobre ellos. Por esto la soberbia que crece para mayor y más árduo despeñadero de sí misma, los tiene para despeñarlos. Quien de los ángeles hizo demonios, ¿qué hará de los hombres? ¿Qué no hará? El rigor hebreo lee: «La soberbia los aprisionará con el collar, y su maldad los amortajará con sus galas. Su corona en la cabeza es prision, su collar es soga á la garganta; su ornamento amortaja, y no adorna. Habitados deste tósigo, dijeron: ¿Cómo puede saber Dios que somos felices, pues somos impíos? ¿Qué sciencia puede tener el Señor soberano, pues á poder de pecados y maldades sacrilegas nuestra vida se dilata en contento y paz, nuestra sucesion se continúa fecunda, y florece magnífica; nuestras riquezas, lisonjeras á nuestra codicia, si no la hartan, la cargan?» «En esto (dice David) llegué al resbaladero con los pasos asustados, y dije: ¿Luego sin causa, despreciando estas comodidades, justifiqué mi corazón, y lavé mis manos entre los inocentes, y atesoré en mi paciencia los trabajos, cuando los azotes de mi castigo madrugaban á prevenir con advertencia mi conocimiento? ¿Qué pues haré? ¿Hablaré como ellos? ¿enseñaré esta doctrina? No, que condenaré á los hijos tuyos, que son los justos y santos. Secretos son estos retirados á las riquezas de tu sabiduría; el conocimiento dellos no le alcanza el hombre; para tenerle ha de disponerse á recibirle: presumile; empero mis ojos, tropezando en nieblas, se anochecieron. Consuélame que esta ceguedad no durará más de hasta que llegue á tu oriente (que amanece en tu tabernáculo las sombras) y sus postrimerías me restituyan á la inteligencia. Entonces conoceré que los pusiste en lazos con nombre de honras, y en despeñaderos, que llamaban prosperidades, y que los derribabas encumbrándolos. Suben, como los ajusticiados, muchos escalones que no han de volver á bajar, porque han de ser precipitados desde el más alto y el postrero.» He nivelado la paráfrasi deste salmo con la version y mente de san Agustin. La conclusion que de tan fuerte silogismo nos saca David, es que las postrimerías de todos en el tribunal de Dios dan la inteligencia destes enigmas, que disimulan lo que son con lo que parecen.

Despues que los hemos enseñado con la arpa de David, sagrado profeta y rey, afrentémoslos con la li-

(1) Quia non est respectus mortis eorum; et firmamentum in plaga eorum. In labore hominum non sunt, et cum hominibus non flagellabuntur. Ideo tenuit eos superbia: operi sunt iniquitate et impietate sua... Et dixerunt: Quomodo scit Deus, et si est scientia in excelso? Ecce ipsi peccatores, et abundantes in saeculo, obtinuerunt divitias... Verumtamen propter dolos posuisti eis: deiecisti eos dum allevarentur. Quomodo facti sunt in desolationem, subito defecerunt: perierunt propter iniquitatem suam. (Paráfrasis.)

ra de Virgilio, poeta idólatra. Sepan de los versos del gentil, que en esta vida no se diferencia el rostro de la máscara que le cubre; que solo en la muerte el juicio eterno da á conocer quién fué benemérito y quién delinente. En el sexto de la *Eneida* se leen estas palabras (trata de los castigos que padecen los impíos en el infierno):

*Gnosius haec Rhadamanthus habet durissima regna;
Castigatque, auditque dolos: subigitque fateri
Quae quis apud Superos, furto laetatus inani,
Distulit in seram commissa piacula mortem.*

«Tiene el cetro destes durísimos reinos el Gnosio Radamanto; y castiga y oye las maldades y compele á que confiese sus delitos cometidos en esta vida, á cualquiera que alegre con robo inútil difirió el castigo en muerte tarda.»

Reparo con admiracion en tres cosas: la primera, consecutiva á mi discurso, que los impíos dilatan el castigo de sus culpas en las prolijidades de su muerte. La segunda, que es gran parte de la pena el obligarlos con ella á confesar sus delitos y lo que fueron y disimularon con el rebozo de la vida. Lo que vimos en el epulón con Abraham, que con lenguas de fuego pidió una gota de agua á quien con su lengua habia negado una migaja de pan. Pidiendo, le obligaron á confesar que su riqueza le empobreció; y pidiendo el socorro de Lázaro, que su miseria le hizo rico. Confesó la bondad que en él habia despreciado, presumiendo bajaría á dar alivio á quien le habia dado tormento. Ved en la boca del avariento tantos verdugos como confesiones forzadas á poder de castigos. La tercera, y más digna de grave ponderacion, es decir que los obligan en el infierno á confesar los delitos que en la vida cometieron alegres con hurto inútil.

De manera que la alegría que los ignorantes admiran en los malos, es la que tienen de ser ladrones de los bienes que poseen y de los puestos que ocupan; robándolos á los beneméritos y usurpando con las riquezas el patrimonio á los pobres; negando á la caridad la finca para los alimentos de huérfanos y viudas, cuyo ministerio está á cargo de su magnanimidad; disfamando el nombre de jueces y ministros con obras de tiranos, cuyos textos son odio y venganza, interpretados por el temor y la envidia, autores de todas las tragedias. No se contenta con llamarlos ladrones; dice que su hurto es inútil y vano. Al codicioso nunca se le cumple su deseo, porque no solo quiere tener mucha hacienda, sino que nadie tenga alguna; no poseer más que todos, sino todo lo que poseen todos. Tenerlo todo es imposible, como es fácil que cualquiera lo desprecie todo. Luego inútil y vana es su alegría en el hurto que comete. Quiere quitarlo que los otros tienen con usuras y logros, no por ser rico, sino porque ninguno lo sea; no para tener los bienes, sino para que le tengan á él. Hurta á todos con sus maldades lo que le roba su misma avaricia. Témenle todos por lo que les quita, y él teme á todos por lo que les ha quitado. El ambicioso que subiéndosele la soberbia á la cabeza, se embriaga de vanagloria, no se contenta con ir delante de muchos, si uno solo va delante de él; no se cansa de trepar, si ve otro más cerca de la cumbre; cuando la pisa, pretende acocer las estrellas. No tiene por escarmiento los que ve rodar del lugar adonde aspira

por donde sube, sino por desembarazo. Fabricase de las ruinas de los que cayeron; sin ver que es edificio de recuerdos y amenazas, desvelase en no tropezar en los pasos de la subida para llegar á la altura, donde es forzoso el resbaladero colmado de precipicios. Alégrase vanamente de ascender de donde es forzoso el despeñarse, pues crece en peligros tanto como en puestos. No de otra suerte el cohete sube con aplauso y admiracion del vulgo, estrella festiva, á equivocarse en lo alto con las estrellas, para caer humo y ceniza muda. Hasta este remedo de luz, hipócrita de hermosura, desengaña con su fin del embeleco resplandeciente á que debe la admiracion.

Los ojos humanos se ocupan en mirar enigmas. Ven la pólvora negra, en cuyo carbon se disimulan llamas y las cóleras del fuego, sorda y sin movimiento: aplicanla una chispa; truena, vuela, resplandece, alumbra; pásase de un enigma á otro. Júzgala estrella la vista, cae esqueleto de papel y cuerda: aprenden los ojos la verdad de dos engaños con un cadáver, á que se reducen ficciones tan contrarias.

Prevenidos destes ejemplos y discursos, encendamos luces á estas tinieblas, por donde vamos á tienta, en el mismo sol de justicia Cristo Jesus, Hijo de Dios y Dios y hombre verdadero. Vean los ciegos con su doctrina y con su ejemplo, pues vieron los ojos del que nació sin vista, con el lodo que suele cegarlos. Esperemos firmemente que podrán sus palabras con sus obras lo que pudo su saliva con la tierra, pues tratamos de que vean los que nacieron con vista y se cegaron con la malicia y la ignorancia. El reverendo padre Bartolomé Jacquinocio, natural de Aviñon del Papa, en Francia, doctísimo y religiosísimo hijo de san Ignacio, en la Compañía de Jesus, en su libro, cuyo título es *Hermes Christianus, ó Arte de instruir la vida conforme á la ley de Dios*, en la segunda parte (paradigma de la ocasion y primera razon de mezclar en las conversaciones pláticas saludables), para probar la certidumbre de nuestra sagrada religion, hace el argumento mismo que yo dilataré ahora, para probar, no solo la Providencia divina y su uniformidad, sino la eficacia y suavidad de los medios que elige para sus fines (a).

Toda la victoria desta controversia es, que aunque los impíos tengan prosperidad, riquezas, dignidades y reinos, y los virtuosos, desprecio, calamidad, pobreza y castigos, hay Providencia divina, que permite lo uno y lo otro para los premios de su clemencia y para los castigos de su justicia, pues por esta razon el perverso le da gloria cuando padece, y el justo cuando goza.

Ahora probaré que las armas triunfantes y los instrumentos poderosos y la municion eficaz de la Providencia divina contra los poderíos, tesoros y dignidades, son *pobreza, calamidad, persecucion y desprecio*. Para los que creen que Jesucristo fué Hijo de Dios, la fe sacrosanta es demostracion y evidencia desta verdad, ejemplificada en toda su vida, cuya imitacion prosiguió y proseguirá siempre la Iglesia católica romana para los detestables y nefarios herejes que negaron ser Dios. Por la misma causa mi argumento cobrará en el discurso

(a) *Hermes christianus, seu Ars vita ex Dei nutu in Saeculo instituenda. Auctore R. P. Bartholomaeo Jacquinotio, Societatis Jesu. Opus Gallico in Latinum sermonem conversum. Lugduni, Sumpt. Horatii Cardon. M.DCXXI, 8.*

humano más fuerzas contra su error sacrilegamente blasfemo, y probará juntamente que Cristo fué Dios y que Dios tiene providencia, con las mismas cosas y causas de que coligen no la tiene. En mis palabras se leerán las del padre Jacquinocio, acompañadas de la pluma elocuentísima de san Juan Crisóstomo, Orígenes y otros modernos, cuyo origen probaré que desciende del Evangelio y de los libros canónicos.

Fué Cristo hijo de muy humildes padres. Nació el año en que Augusto César mandó registrar el mundo por edicto. Su Madre peregrinó en esta obediencia los postreros dias del último mes de su preñado, tan destituida de todo socorro humano, que en la noche más rigurosa del invierno, no pudiendo parirle entre gentes, le parió entre bestias, siéndole cuna un pesebre y abrigo el heno y las pajas; desamparo que no se lee del más ultimado rigor de la pobreza. Creció y vivió falto de todo lo necesario, alimentado del sudor humilde de un carpintero.

Hago recuerdo á los que leyeren, de que para ser Cristo obediente hasta la muerte empezó á serlo antes de nacer, pues en las entrañas de su Madre caminó al cumplimiento del bando imperial. Todas las cosas antecedentes fueron como prólogo á la venida de Cristo; razon era lo fuesen las del mismo tiempo. Diré cómo lo fueron. Augusto fué hijo de Julio César, que vivo nunca fué emperador, y muerto violentamente por el Senado, con su muerte instituyó el imperio de Roma; y para esto fué el medio eficaz el leer y divulgar su testamento.

¿Quién no reconoce que esta fué una sombra cercana de Cristo, que vivo fué perseguido y condenado á muerte por el senado de los judíos; y muerto, por su Testamento Nuevo, que legalizó, instituyó el imperio universal de la Iglesia, mudando las águilas en llaves, los Nerones en Clementes y Pios, y en nave la ciudad? Aquella paz comun que entonces hubo en el mundo, le disponia para el gobierno del Rey de la paz, que la trujo al nacer y la dejó al irse. Aquel edicto que mandó registrar todo el orbe, para Cristo le convocaba, que es y siempre fué señor dél; no para Augusto, que en él tenia limitado señorío. Vinieron los reyes de Oriente á adorar en las ruinas desaliñadas de un portal al oriente de los reyes, y adoraronle en aquel abatimiento, ofreciéndole tesoros. Aquí se descubrió la malicia de los bienes temporales; pues oro, mirra é incienso, encaminados por una estrella, en manos de tres majestades tan santas, al Hijo de Dios, trujeron tras sí y consigo la envidia y la persecucion facinorosa y tantos peligros de muerte. Sábese que huyó á Egipto. Por lo que toca á los tesoros, no se lee que usase dellos. ¿Qué pues pueden esperar los hombres de los que les encaminare la codicia por mano de la usura, de la adoracion que los trujere la ambicion solícita?

Volvamos á los oprobrios de Cristo, pues con ellos lisonjamos su amor. No tuvo casa en que abrigarse ni heredamientos ni hacienda; pobrísima parentela; careció de oro y plata y alhajas; no tuvo bienes algunos raíces ni muebles. Todos los treinta años de su vida asistió humilde á la sierra y al cepillo de Josef, donde el mayor caudal era de hastillas, entre golpes despacibles y ruido molesto. ¿Quién ignora que luego que desencerró la luz de su doctrina y descendió á la pública arena, se le opusieron los poderosos, los doc-

tos, los maestros, los magistrados, los presidentes, los pontífices, los monarcas, disfamando su doctrina con el pueblo; y que aunados en su desprecio y persecucion, le llamaban Hijo de un carpintero, endemoniado, revolvedor, gloton, amigo de pecadores y gente ruin, estudiando en sí mismos oprobrios que decirle y delitos que levantarle? Tomaron piedras para tirárselas, compraronle de un discípulo suyo por vilísimo precio; y él le estimó en tan poco, que pidió por él lo que quisiesen darle. Prendieronle como á malhechor, llevaronle maniatado á la cárcel, y arrastrando por diferentes tribunales, donde le trataron como á loco; escupieronle; diéronle una bofetada delante del juez. El día del privilegio de la Pascua juzgó todo el pueblo por más digno de soltura á Barrabás que no á él. Azotaronle tanto, que aun parece imposible haber podido los verdugos darle los azotes que padeció. Condenáronle á muerte, crucificáronle entre dos ladrones; si el uno le siguió, el otro no le quiso por compañero. De doce discípulos, uno le habia vendido, otro le negó, todos huyeron. Espiró tan pobre, que aun no tuvo (como decimos) sobre qué caer muerto, pues Josef, varon de Arimatea, le dió el sepulcro suyo nuevo, cavado en una piedra, y la mortaja de una sábana limpia, y el sudario. Ni vivo tuvo dónde reclinar la cabeza, ni muerto el cuerpo; historia llena de horror, con aparato antes de espantar con escándalo que de atraer á la vista humana con ejemplo.

Veamos qué discípulos y qué género de personas escogió por ministros para que persuadiesen era Hijo de Dios verdadero, quien pareció en lo que padecía el más abatido y facinoroso de los hombres. Eligió en apóstoles para cosa tan árdua unos pescadores ignorantes y rudos, que apenas juntaban una palabra con otra; familia ronca de las borrascas, que pronunciaban con los acentos de las olas las razones; desfigurados con el mal tratamiento de las furias del aire, de la rabia del mar y de los incendios del sol; hombres al fin desechados de la tierra por inútiles á su labor. Estos, despues de su muerte, más propios para disuadir que para persuadir, se arrojaron en medio de los maestros y doctores, de los escribas y fariseos, de los concursos armados del pueblo, de los príncipes, reyes y emperadores, desnudos y solos por todo el orbe de la tierra. Lo que predicaban era, que creyesen que un hombre que era hijo de un carpintero, abofeteado, escupido, azotado y crucificado entre ladrones, era Hijo de Dios y Dios verdadero. Afirmaban á los judíos que era el Mesías prometido, y que en estas afrentas y ignominias se habian cumplido la Ley y los profetas. A los idólatras, que sus dioses eran demonios, y sus simulacros infames, y sus templos abominacion, y todos los que los adoraban bestialmente sacrílegos. Unos de ellos murieron desollados, otros clavados en la cruz, otros en aspás, otros con el filo de la espada, otros con piedras, otros á poder de fuego derramados en ceniza. ¿Cuál fin puede parecer y cuál fruto más contrario y diferente del que procuraban? La doctrina: que Dios eterno, inmenso, incomprendible tenia un Hijo unigénito; que este se hizo hombre en María Virgen; que le concibió sin obra de varon; que fué Virgen antes del parto y en él y despues; que siendo Dios, murió; que les dió en pan y vino su carne y su sangre; y que transustanciados, comen su cuerpo mismo debajo de los accidentes que de

ellos quedaron; que resucitó al tercero día; que subió á los cielos; que Dios es uno en esencia y trino en personas: todas cosas tan superiores al entendimiento humano. Esto cuanto á los misterios. Cuanto á la enseñanza: que se han de amar los enemigos; que al que da una bofetada, se le vuelva la otra mejilla; que venda uno todo lo que tiene y lo dé á los pobres; que haga penitencia, que ayune; que cada uno se cargue su cruz; que quien no aborrece su vida, la pierde; que los habian de prender y perseguir, entregándolos en las sinagogas con guardas; que son bienaventurados los pobres, y los que lo proponian, quitando el regalo y delicias de la vida, las riquezas, y prohibiendo al apetito y pasiones naturales los gustos y el entretenimiento, y aconsejando que se nieguen á sí mismos los hombres.

¿Qué resultó deste aparato de miserias, de castigos, de desprecios, de rudeza y de ignorancia en los ministros? Que los mismos gentiles degradaron del nombre de dioses á los troncos y mármoles que adoraban; depusieron sus templos del vocablo sacrosanto usurpado, fabricando altares á la cruz, hasta entonces disfamada. Esto no en una ciudad ni en una provincia ni en solo un reino, sino en todo el orbe universal de la tierra; peregrinando, no con ejércitos formidables, que llevan por razon el poder; no con armadas navales, sino con piés descalzos, con cuerpos desnudos, sin un báculo auxiliar al cansancio, que pudiese ser amenaza á un gozque; sin prevencion, que de agua y pan siquiera pudiese asegurar vil alimento al hambre. El cardenal Justiniano, sobre estas palabras del salmo: *In omnem terram exivit sonus eorum: et in fines orbis terrae verba eorum*, en la nota marginal dice: Esto se cumplió en tiempo de los Reyes Católicos, doña Isabel y Fernando, siendo el instrumento Cristóforo Colon, ginovés, cuyo nombre se interpreta «el que lleva á Cristo»; oficio que hizo aquel santo, de que tomó el nombre.

Y si bien consta desta profecía de David que habia de llegar el sonido de la ley de gracia á todos los circuitos de la tierra, y los apóstoles y sus palabras hasta los últimos fines del orbe, historialmente se verifica; y los mismos ángulos del universo lo confiesan con inscripciones y anales suyos. Dió noticia desta verdad en los reinos de la China el eruditísimo é incomparable varon en noticia de todas las lenguas orientales, doctísimo padre Atanasio Kircherio Fuldense Buchonio, de la Compañía de Jesus, en su libro, cuyo título es *Prodromus Cooptus sive Aegyptiacus* (a). Cap. III, fol. 58, dice, declarando la tabla de piedra que se halló en la China, escrita con sus caracteres: «Reinando *Tai-cum-veum-huanti*, vino de Judea un varon de suma virtud, llamado *Olò-puèn*; y que en el año *Chin quon* y *iet siè*, que es el año de Cristo seiscientos y treinta y seis, publicó y asentó en la China la ley de Cristo, que llamaron *kim ki aò*, que se interpreta *ley clara y grande*: » de que se colige ha mil

(a) Dado á luz en Roma, en la imprenta de la sagrada Congregacion *De propaganda Fide*, año 1656, en 4.

y seis años que la gloria de la cruz tuvo adoracion en la China (a). No se contentan los padres de la Compañía de Jesus con haber llevado en su predicacion y enseñanza el tesoro de la pasion de Cristo con tan colmado fruto á tantas y tan remotas partes; sino que, por tener mérito con los que tantos siglos ha la llevaron, y acompañar aquellos pasos, peregrinan para darnos la noticia de los que la llevaron: de que resulta gloria al nombre de Dios y á su ley y al celo de aquellos apostólicos embajadores.

Si oprobrios, abatimiento, persecuciones, cárceles, cadenas, azotes, horcas, cuchillos, hogueras, pobreza y muerte afrentosa y desamparada, con tales ministros, ignorantes para persuadir, rústicos para hablar, vencieron las delicias, las comodidades, las grandezas, los reyes, los reinos, los emperadores, los imperios y todo el globo de la tierra y las inmensas llanuras del mar, sobre quien en cada Apóstol se vió pasear el espíritu del Señor otra vez sobre las aguas, ¿cómo los que niegan la divina Providencia podrán decir que estas cosas son castigo de los malos, y no corona, victoria y triunfo de los justos? Y ¿cómo dejarán de confesar el poder y majestad que tienen sobre las que llaman felicidades en los malos, pues son atropelladas y pisadas por los que llaman miserables? Aquellos tienen carga de que los alivien, peligros de que los aparten, enfermedades de que los curen; estos, desengaños, luz y medicina con que los remedian.

La certeza de nuestra fe ¿en qué piedra no halla ojos, obrando tan soberanos efectos, con instrumentos á todo saber y poder humano tan repugnantes á la consecucion de su fin? Ponderó esto admirablemente y con atencion seria y de gran peso el doctísimo y eruditísimo reverendo padre Francisco Forerio, de Lisboa, predicador del rey de Portugal, que asistió en el concilio de Trento, de la sagrada religion de Predicadores, sobre el capítulo segundo de Isaías, declarando el verso 2 (b) (1). Pondera sutilísimamente que dice que correrán los pueblos subiendo á la cumbre del monte, que lo es respecto de los demás montes (siendo la propia accion del subir trepar y del bajar correr); y nota la fuerza que tiene la palabra *nahar* en el texto hebreo, que es *correr con impetu*, á manera de los rios que descienden precipitados de las cumbres con movimiento natural y no violento. Por este monte, que llama de Dios, se entiende el de Tsion, que la Vulgata lee Sion (como se colige del verso 3), y por él la ley nuestra de gracia. Dice el doctísimo Forerio: *Hoc uno verbo significat nobis Spiritus Sanctus, quod etiam si hominibus iuxta carnis naturam ardua videatur Christiana perfectio, sui tamen splendore, ita animos hominum raperet, ut eo impetu ad eam consequendam anhelarent, quo solent flumina in praecipua labi*. Prosigue: «Y á mi parecer, ninguna cosa hay que tanto acredite más nuestra religion ni que así illustre su verdad, como que tan

grande dificultad como la suya y tan árdua la hayan vencido en lo pasado tantos millares de hombres, cuando hoy tantos procuran lo mismo. Y de verdad, sien ella (para creerla sola) hubiera aquella dificultad que excede al humano sentido y entendimiento,—como concediera á los mortales todas aquellas cosas que la carne y la sangre apetecen, de ninguna suerte me admirara que la abrazaran infinitos, ni de que la llamase el Profeta monte puesto sobre los otros montes: porque una vez permitida la libertad de la carne, nada que creyesen más allá de la razon se les propondría á los hombres, que ellos no juzgasen que con entrambas manos y todas las fuerzas no se debia abrazar y defender. Y ¿quién propuso cosas más absurdas y disonantes á la razon humana que Mahoma? Y con todo eso, las tiene por oráculos divinos sin alguna duda tanta infinidad de gentes, y con fuerza y armas las defiende. Pregunto: ¿por qué? De verdad porque concedió al cuerpo y apetitos lo que querian, y esta permission predicó se derivaba de Dios. Esto es pues grande milagro y digno de estupor y admiracion, que siendo la religion cristiana monte excelso, no solo cuando propone que se crean las cosas invisibles y remontadas al juicio humano, que está hecho á juzgarlo todo por el sentido; sino cuando manda la austeridad de la vida y entrar por la puerta angosta y que lleven su cruz por toda la vida los hombres nacidos de la carne y acostumbrados muchos años á su libertad,—tantos millares de varones, de mujeres, de niños, tantos viejos, no espantados con tanta aspereza del camino con tan fragosa subida, alegres hayan acometido con aquella ansia, propension é ímpetu subir á la cumbre deste monte, con el cual los rios acostumbraban bajar precipitados de los cerros á fertilizar los valles. ¡Oh monte llano! ¡Oh caminos hermosos de Dios! ¡Oh yugo suave! ¡Oh carga leve!» Hasta aquí Forerio.

¿Cuál demostracion más clara de la providencia que tiene Dios del mundo, que despreciar el mundo para conquistarle; que aborrecer los gustos y deleites para no padecerlos; que huir de las riquezas para no ser pobre; amar la pobreza para ser rico? A los que esto no conocen, la ignorancia les apagó todas las luces; no solo están ciegos á las divinas, sino á las humanas. Oigamos el azote de Juvenal, poeta idólatra. En los versos de la sátira vi expresamente dice que los trabajos y la persecucion y los enemigos y el abatimiento y la pobreza no daban lugar á los vicios para entrar en las chozas en que vivian los romanos; que esto los hizo grandes y gloriosos y opulentos; y la prosperidad, grandeza y opulencia, viles, tiranos, vencidos y esclavos.

*Praestabat castas humilis fortuna Latinas
Quondam, nec vitis contingi parva sinebat
Tecla labor, somnique breves, et vellere Tusco
Vexatae, duraeque manus, ac proximus urbi
Hannibal, et stantes Collina in turre mariti.
Nunc patimur longae pacis mala: saevior armis
Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.
Nullum crimen abest, facinusque libidinis, ex quo
Paupertas Romana perit.*

¡Oh palabras alentadas con esfuerzo generoso! ¡Lástima es que mereciendo oídos católicos, no fuédes pronunciadas por lengua cristiana! «La fortuna humilde hacia castas á las romanas antiguamente, y el trabajo cerraba en las cabañas el paso á los vicios; el sueño breve, y las manos ásperas y duras con los ve-

(a) En 1642 escribia nuestro autor.

(b) *Isaiae prophetae vetus et nova ex Hebraico versio*. F. Francisco Forerio, *ulyssiponensi S. Theologiae professore Dominicano, et Concionatore Regio Auctore. Antuerpiae, Apud Philippum Natum sub Clavibus, M. D. LXXVII, 8.* Conozco otra edicion en folio, de Venecia, 1565.

(1) *Et erit in novissimis diebus praeparatus mons domus Domini in vertice montium, et elevabitur super colles, et fluent ad eum omnes gentes.*

liones de Toscana, y arrimado á la ciudad Anibal, y asistiendo á su defensa los maridos en la torre Colina. Ahora padecemos largamente los males de la paz: más crueles que las armas, se apoderaron de Roma las delicias; y dan venganza della al mundo, que ella venció. Ningun crimen ni maldad de la concupiscencia falta desde que pereció la pobreza romana. » Hacen auténtico este grito los sucesos todos de las edades que ha vivido el mundo; y no hay que temer que en lo porvenir pierda la fuerza de sentencia definitiva, ejecutoriada en juicio contradictorio con tantas repúblicas, reinos y monarquías. La paz hace soldados contra sí mismos á los que se fian della: olvídalos de que son hombres, y acuerda á los enemigos de que ya no lo son. La pobreza es advertida y desembarazada y solicita: carece de peligros, porque nadie la envidia; todos la huyen, nadie la busca; y su mayor valentía es el desprecio en que la tienen, y el aprecio que ella no hace de nada, porque la presuncion confiada es grande autora de tragedias. Generosa y seriamente lo dijo Lucano en el primer libro, dando las causas de la ruina de la república:

*Namque ut opes nimias mundo Fortuna subacto
Intulit, et rebus mores cessere secundis,
Praedaque, et hostiles luxum suasere rapinae:
..... secunda virorum
Paupertas fugitur, totoque arcessitur orbe.
Hinc usura vorax, avidumque in tempore foenus,
Et concussa fides, et multis utile bellum.*

Pues si en lo humano la calamidad, la pobreza y los enemigos son causa de aciertos, de aumento y conservacion; y la abundancia, paz, prosperidades y riquezas, de ruinas; y en lo espiritual aquellas miserias triunfan destas felicidades y grandezas, ¿quién no conoce que estas tienen con qué ser vencidas, y aquellas con qué vencer; y que es providencia divina dar á los buenos las armas vencedoras, y permitir á los malos bienes inductores de su desolacion, y paz insidiosa que milita contra ellos?

Mahoma, el peor de los embusteros, negó que Cristo habia padecido y muerto, y afirma que en el prendimiento Dios se le llevó al cielo. No lo niega con ignorancia, sino con diabólica malicia. Reconoció las hazañas de las afrentas y la valentía de los oprobrios de la cruz, y cuán infinitos eran los que se alistaban á la imitacion suya por el martirio; y por desarmar su ley de las proezas de los trabajos, quiso cancelarlos del soberano ejemplo. Preguntaríame que ¿cómo reina por tantos años en tantos imperios ley que quitando el freno á los vicios, bárbaramente licenciosa en los deleites de que se avergüenza la naturaleza, adora delirios y cree locuras rematadas? Respondo que aquella es secta desalmada, solamente corporal. No la tienen por ley; óyela por lisonja sus apetitos, por adulacion sus pecados. Síguela su codicia por el robo, como el ladrón al tesoro. No la guardan por útil, sino por deleitosa. No la persuaden, sino la violentan; batállanla, no la predicán. El séquito que tiene es el de las culpas; dásele la flaqueza humana, no la razon. Arrástralos, y no los persuade. Digamos por qué ha permanecido tantos siglos. Para esto hemos de ver cómo da Dios los reinos, cómo pide cuenta dellos, y cuándo y por qué los quita para darlos á otro. Para cosa tan grande co-

mo trastornar los imperios no emplea Dios toda la mano; con dos dedos lo obra. Leamos este estilo en la pared de Baltasar, donde tres palabras fueron los postes de su banquete y de su señorío. Trujo los vasos sagrados de los sacrificios á los brindis, del altar al aparador. Pudo la mano que apareció en la pared quitarlos de la suya, y quitarle con ella la vida; y solo escribió medio renglon. No condena Dios sin hacer cargo, y dar traslado y razon de la sentencia á la parte. En dos causas criminales ha escrito Dios: en esta para condenar á un rey; en la de la adúltera para condenar la intencion de los acusadores, y enmendarla con el perdón. En esta escribió en la tierra, y con inclinarse á ella mostró que la perdonaba á intercesion de la flaqueza humana. En la de Baltasar escribió en la pared, porque leyese su proceso en su grandeza, y para que supiese que el palacio que le cubrió descubria su culpa. Estas palabras, segun el texto hebreo, fueron las escritas: *Mené, Tekél, Upharsím*, que nuestra Vulgata lee: *Mane, Thécel, Pháres*, que se interpretan por su orden con estas tres cláusulas: «Contó Dios tu reino, y llenóle. — Fuiste pesado en las balanzas, y se halló que tenias menos. — Tu reino es dividido, y dado á los medos y persas.» Reparo más por qué Dios da por cuenta y recibe por peso, cuando la toma al que recibió. Prevencion es de los que tratan con tramposos y monederos falsos, que por la cuenta de las unidades suelen volver el mismo número de dinero; empero ó robado de la lima ú lamido de las aguas fuertes, y por esto descabalado; lo que descubre el peso al disimulo de la aritmética. No da buena cuenta á Dios el que recibió doce ú veinte ó más provincias, volviéndole numeralmente otras tantas, si el peso con que las recibe las reconoce falsificadas y disminuidas en la condicion del valor.

El período de todos los principados, repúblicas y reinos siempre para acabarse fue el faltar á este peso, y en este punto tuvo fin su cláusula. Verificalo este suceso; pues en averiguándole á Baltasar su hurto en este peso, y en notificándole la culpa y la sentencia, murió luego, y sus estados fueron divididos y en poder de los medos y persas. Isaías, cap. 28, v. 17: *Et ponam in pondere iudicium, et justitiam in mensura: et subvertet grandis spes mendacii.* Por esto dice el salmo que tardará el castigo de los malos *quoad usque iustitia convertatur in iudicium*; y este, segun Isaías, esta en el peso. Dirán que ¿por qué Dios no ha pesado en tantos siglos tiranía tan soberbia como la de los turcos? Respondo que porque no le ha acabado de hacer el cargo. Hale contado su imperio, mas no se le ha llenado; no porque no es mucho lo que le ha dado, sino porque hay mucho que quite á otros para castigo de sus culpas. No le añade lo que merece tener, sino lo que merecen perder otros. No le hizo tan poderoso para exaltarle, sino para disminuir á otros con su aumento. Dale las fuerzas que quita á otros que usaron mal dellas, para que pueda ser azote de otros que no escarmientan. Entre los malhechores se escoge el verdugo; y se atiende á que sea feroz y cruel, y hombre de muchas fuerzas, que pueda ejecutar los castigos, que haga correr impetuoso el lazo, cortar velozmente al cuchillo, que corte en los tormentos con los cordeles los huesos. Así el turco, entre los paganos

y perdidos herejes, fué elegido por verdugo de la cristiandad; con él nos azota y da tormento Dios, y nos ajusticia por nuestros delitos: dale poder para que pueda quebrantarnos, y nos obligue á confesar nuestras culpas. Si queremos que no sean verdugos de Dios él y los herejes, no le merezcamos á Dios verdugos; empero mientras nuestra enmienda no les vacare el oficio, gozarán de los emolumentos y gajes de verdugos; pagarémosles los azotes que nos dieren, y como ropa de ajusticiados, la nuestra será suya. El cargo en el indigno, el poder en el tirano, la riqueza en el usurero y ladrón, tufo de verdugos tienen, y infamia de tales. Llenará su número Dios cuando nos hallare cabales en su peso, y acabará con ellos hallándolos faltos en él. Cuando un verdugo no hace bien su oficio ó falta en él, se le castiga con otro. Así lo hace la justicia de la tierra, á imitacion de la del cielo, cuyo estilo vemos ejecutado en unas naciones con otras. No solamente castiga y ajusticia á los cristianos con los infieles, y á los infieles con los cristianos, sino á unos y á otros consigo mismos. Obra es de los pecados propios, y del exceso dellos. Cuando los franceses acabaron de echar los ingleses de Francia, despues de haberla poseído mucho tiempo, un francés, con el orgullo de la victoria, viendo salir los ingleses, por burla dijo á su general: «Dime ¿cuándo nos volveremos á ver en Francia?» Respondió: «Cuando vuestros pecados sean mayores que los nuestros.»

Ya que he respondido á lo que podian oponer á Ferrerío estos ignorantes, que por desembarazar á Dios del gobierno de las cosas le deponen, siendo así que nada puede ser embarazo á su inmensidad; y ya que probamos con qué medios y con cuáles ministros y con qué doctrina se estableció la ley de Cristo en todo el mundo, y el soberano y eterno imperio de su cruz; veamos si con las opuestas disposiciones de honras, poderío, riquezas, dádivas, delicias, ejércitos y armadas lo ha conseguido otro alguno, no hallándose hijo de un carpintero, sino emperador; no solo pretendiendo el ser adorado por Dios, sino rogándole con la adoracion el mundo. El padre Jacquinocio en el libro citado dice: «Antiguamente intentaron esto no una vez, los poderosísimos emperadores Nabucodonosor, Alejandro Magno, Caligula, Domiciano, Heliogábalo y otros, que pretendieron ser tenidos por dioses. Para conseguirlo usaron de todas las fuerzas del poder suyo y de su industria. En esta empresa gastaron los erarios; en choques emplearon todas las amenazas de las armas, la fortaleza de sus capitanes, la valentía de sus soldados, la elocuencia de sus oradores, los argumentos de los filósofos; sobornaron los pueblos con espectáculos, halagáronle con los teatros, compráronle con socorros y donativos; no dejaron camino ni senda sin negociacion, ni artificio de que no se valiesen. Y con todo eso, no hallamos que consiguiesen otra cosa sino ser infamados en la boca del vulgo, y divulgada con escarnio su impiedad desvergonzada y su locura temeraria y su soberbia sacrilega: por lo cual toda su divinidad acabó con sus vidas; y los cadáveres de algunos dellos, arrastrados con garfios, fueron sepultados en las necesarias y precipitados en las escalas Gemonias, lugar infame, depósito de los condenados, como gente á quien la desafortada ignorancia juzgaba aun indignos de pequeño túmulo y pobre sepultura.

Q-II.

Pues si estas cosas se hubieran de conseguir con los medios humanos, y que los mal engañados juzgan por bienes y por eficaces, ninguna otra cosa era más oportuna y favorable; siendo así que los fines han de corresponder á los medios. » Hasta aquí Jacquinocio.

Luego si con estas artes y negociaciones, los que eran semidioses en la tierra, queriendo hacerse dioses del cielo, con muertes viles fueron oprobrio del mundo y son asco y horror de la memoria; coligese que, pues Cristo, pobre y despreciado y perseguido y afrentado, con todo lo contrario consiguió para el bien del mundo el ser adorado por Dios, que hay Providencia divina, y que sus medios y instrumentos son los que á la ignorancia de los que la niegan convencen sin respuesta. (1)

(1) Oigamos este punto, ponderado por san Juan Crisóstomo: trocáranos en buena moneda el oro de su boca las palabras. Sobre el primer capítulo de la primera *ad Corinthios*, hom. III, IV, VII, escribe diferentes cláusulas, que porque se annan en el sentido, continuaré: «Die enim si viri duodecim rei militaris ignari, non solum inermes, sed etiam corpore debiles, impetu facto in innumerabilem et armatam militum aciem, ab illis quidem nihil mali passi essent, neque innumerabilibus telis appetiti essent sauciati; in nudo autem corpore jacula habentes infixi, omnes stravissent, non armis utentes, sed manu ferientes: deinde alios quidem interemisissent, alios autem captivos abduxissent, ipsis nullis acceptis vulneribus; disceret ne aliquis esse humanum quod gestum est? At qui Apostolorum tropaeum est illo longe admirabilis. Nam quod imperitus et illiteratus et piscator superavit tantam dicendi vehementiam, et neque à paucitate, neque à paupertate, neque à periculis, neque ab ea quae praecoccupat consuetudine, neque à tanta rerum quas jubebat acerbitate, neque à quotidianis caedibus, neque ab eorum quidem à qua fuerat captus multitudine, neque ab eorum qui deceperant auctoritate fuerit prohibitus, — est longe admirabilis, et magis praeter opinionem, quam nudum non esse sauciatum.

«Nam quod per syllogismos non potuerunt efficere Philosophi, hoc recte fecit quae videbatur esse stultitia... Quantum laboravit Plato et ejus asseclae, de linea et angulo et puncto, et numeris paribus et imparibus, et inter se aequalibus et inaequalibus, et de his quae sunt hujusmodi, disserens quae nobis sunt araneorum telae? Ea enim non magis quam illae telae vitae prosunt; et cum inde nec parvam, nec magnam utilitatem attulisset, vitam finivit. Quantum laboravit conans ostendere, quod anima sit immortalis! et cum evidens, nihil dixisset, et nulli auditori persuasisset, sic excessit. Crux autem persuasit per homines imperitos, et persuasit toti orbi terrarum; nec de rebus quibuslibet, sed de Deo disserens, et vera pietate, ac religione, et de angelica vitae institutione, et futuro iudicio; et rusticos et indoctos omnes fecit Philosophos.

«Age verò, hodie quoque id ipsum persequamur oratione, et ostendamus fieri non potuisse, ut id instruerent et cogitarent, nisi Christum secum habuissent: non quoniam imbecilli adversus fortes; nec quoniam pauci adversus multos; non quoniam pauperes adversus divites; nec rudes et ignari adversus sapientes struebant aciem; sed quoniam magna quoque vis est praecoccupatae opinionis. Scitis enim apud homines nihil esse aequae validum tyrannide veteris consuetudinis. Quamobrem si non fuissent duodecim solum, neque adeò viles abjectique, et tales; sed etiam alius orbis terrae, et ei respondentem secum instructam habuissent multitudinem, aut etiam longe plures, sic quoque fuisset quod fiebat difficile. Nam illis quidem opem ferebat consuetudo; his autem adversabatur novitas. Nihil enim adeò conturbat animum, etiam si id fiat ob aliquid utile, quam innovare et peregrinum ac exterum aliquid facere, et maxime quando hoc factum fuerit de Dei cultu, religioneque, et opinione.

«Non solum enim trahebant à consuetudine in consuetudinem; sed à consuetudine ab omni metu libera, ducebant ad res quae minabantur pericula. Oportebat enim eum qui credebatur, statim publicari, expelli, à patria exulare, extrema mala perpeti, et ab omnibus odio haberi, communem esse hostem, et suis, et alienis. Quamobrem etiam si vocarent à novitate ad consuetudinem, sic quoque res esset difficilis. Cum autem à consuetudine vocarent ad novitatem, et haec adessent mala: cogita quantum esset impedimentum.»

¿Qué distancias tuvo el discurso, que esta pluma del gran padre no penetrase? ¿Qué cumbres esta doctrina, á que no ascendiese su

Si la flaqueza vence la fortaleza, y la humildad la soberbia, y los tormentos á los tiranos, y la pobreza á los tesoros, y los ignorantes á los sábios, ¿quién no confesará la certeza de nuestra fe, y la verdad de su doctrina y misterios? Y ¿quién podrá negar la divina Providencia, si aun, como hemos probado con los mismos idólatras, abundancia, regalo, riquezas, poderío, mando, dignidades y paz, derriban, inficionan, enflaquecen y desarmen á los que los tienen por bienes? (1)

Cuando te ves en trabajos, considera que Dios solo está fuera dellos, y el virtuoso encima dellos. Cuando todo te falta y todos te persiguen, acuérdate de que el capitán general, en los peligros de la guerra, para que los padezca y se oponga á ellos, echa mano del valiente y del generoso; y por cobarde é infame deja al tímido y vil en el ocio y seguridad de su miedo: este desprecio es, como aquel riesgo estimacion. Gloriosas son las proezas de la paciencia combatida, pues vence la fuerza que la combate. Si tienes paciencia, todos no te pueden vencer, y con ella los puedes vencer á todos. Por impaciente de las maldades del tirano Nicocreonte fué condenado (2) Anaxarco á que vivo le moliesen el cuerpo con martillos de hierro. Ejecutóse, hartando de venganza los ojos del príncipe; Anaxarco atormentado le atormentaba diciendo: «Maja, maja el costalillo de tierra, que al alma de Anaxarco no alcanzan tus golpes.» Quebrábanle los huesos los martillos; y él martillaba con sus huesos quebrados al tirano. ¿Quién no juzgó esta por victoria, y aquella por maldad y fiereza, burlada y escarne-

vuelo? Justísimamente tratando de la elocuencia en todas sus partes, llama á este gran Padre idea suya el doctísimo Nicolás Causino en su *Rebérica*; de cuyo juicio puedo decir lo que el santo Magno Félix Ennodio (en el libro 1 de sus *Epistolas*, en la 5 á Fausto) dijo de otro: «Quidquid Attica, quidquid Romana praecipuum habet lingua, cognovit. Aurum Demosthenis, et ferrum Ciceronis expendit.» Y en comparacion del oro de Crisóstomo, tan de hierro como el de Ciceron juzgo el oro de Demóstenes.

(1) ¿Quién no tendrá por desdichado al que está enfermo? Oigamos á san Jerónimo, libro vii de sus *Epistolas*, en la 26: «Nuper me cujusdam amici languor admonuit, optimos esse nos dum infirmi sumus. Quem enim infirmum, aut avaritia, aut libido sollicitat? Non amoribus servit, non appetit honores, opes negligit, et quantulumcumque, ut relictae satis habet: tunc Deum, tunc hominem esse meminit, invidet nemini, neminem miratur, neminem despicit, ac ne sermonibus quidem malignis, aut attendit, aut alitur.»

Veamos si la abundancia de todas las cosas en los malos, de que acusan á Dios los que niegan su providencia, es premio ú castigo. Crisóstomo, sobre el suceso del rey Ozias, n. *Paralipom.*, 26, y aquellas palabras del texto: «Cum potens esset, elatum est cor ejus.» homil. 1, de Ozia, tom. 1, dice: «Nec enim hoc modo nos docuit, quod fuit elatum cor ejus, verum addit unde fuit elatum. Cum potens esset, inquit, elatum est cor ejus. Non ferebat Principatus magnitudinem, sed quemadmodum ex edacitate nascitur ignea inflatio, ex inflatione gignitur febris, deinde ex febris plerumque mors. Itidem, et hic ex rerum abundantia nata est superbia: nam quod in corporibus est inflatio, hoc in animis est superbia.»

Resta probar la utilidad de la guerra. Por el temor que se tiene al enemigo; cuán preciosa es y cuán docta y bien intencionada la calamidad, y cuán insidiosos los entretenimientos y delicias de la paz! Dígalo exclamando y á gritos san Agustín, libro 1 de la *Ciudad de Dios*, capítulo 33, tomo v: «O mentes amentes! Quis est hic tantus, non error, sed furor, ut exitium vestrum (sicut audivimus) plangentibus orientalibus populis, et maximis civitatibus in remotissimis terris publicum luctum maeroremque ducentibus, vos theatra quaereretis, intraretis, impleretis, et multo insaniora, quam fuerant antea, faceretis?... Volebat vos ille Scipio terri ab hoste, ne in luxuriam fueretis: vos nec contriti ab hoste luxuriam repressistis: perdidistis utilitatem calamitatis, et pessimi permanistis.»

(2) Anaxágoras (*Aquí y más abajo las ediciones todas.*)

cida del sufrimiento generoso? Anaxarco es admirado con alabanza, Nicocreonte aborrecido con detestacion. El uno vive ejemplo, el otro escándalo. Mejor cuenta dieron deste filósofo los martillos, que el imperio y las águilas, de Neron y de Claudio y Calígula. Mira á sus fines, oye á sus memorias; nadie se acuerda dellos sin asco, ni los nombra sin vituperio, ni los lee sin horror.

Luego, mejor es padecer lo que has de gozar, que gozar lo que has de padecer. No te prueba Dios con las adversidades para saber lo que en tí tiene, que siempre lo supo; sino para que otros sepan lo que tiene en tí, y para lo que te tiene. Esle agradable que venzan los suyos. Tertuliano dice, en el libro de *Paciencia*, que cuando triunfaba Job (en el palenque del muladar) de las escuadras de gusanos, (del ejército de enfermedades, de la municion de llagas, (3) «creía Dios»). ¿Cuál será que no quiera ser parte de que tenga Dios este buen rato á tan poca costa suya, y con tanto logro, en tan corto rato como tiene de duraciones la vida? Si á Dios le consideras padre, considera que te castiga como á hijo, por tu correccion y para tus mejoras; si amigo, que por esforzado y valeroso te escoge para la ocasion importante; si capitán general de los ejércitos de que se llama Dios, que te pone en la primer hilera, te envia á reconocer las baterías, te expone á los tiros y acometimientos por buen soldado; y que esto es preferirte y no arrojarle; cuando el reservado destes trances tiene en la milicia tanta nota como seguridad, pues vive por su culpa para su desprecio.

Quiero enseñarte á envidiar. Ten envidia del que supo padecer; mas lástima del que nunca padeció. Esta que llamo envidia, santa emulacion es. Si tienes trabajos, no es pequeño alivio considerar que los mereces tener. Si ves á otro en perpétua prosperidad, lástimate de que no merece las advertencias y recuerdos de los trabajos. ¿Quieres acertar? témele; no le alabes ni le admires. Quien por las felicidades se olvida de Dios y de sí, con ellas mal se acordará de sí y de Dios. La calamidad es maestro que enseña y advierte. La grandeza es farandulera, que con fábulas y mentiras divierte y entretiene. (4)

Segun esto, no podemos antever por dónde al castigo ú al premio encamina sus jornadas la divina Providencia en los vivos; empero yo mostraré en los muertos las veredas de sus pasos. La medicina, que vió morir á los dolientes contra la doctrina de sus pronósticos y aforismos, y que las enfermedades burlaban tercias hasta la muerte las diligencias de los remedios;

(5) ridebat Deus.

(4) Para verificarte esto por la divina Providencia, tomaré el consejo que da san Agustín, libro *De diversis Questionibus octogintatribus*, quest. 56: «Ut aute mtimeatur Deus, divina providentia regi, universa persuadendum est; non tam rationibus, quas qui potest inire, potest jam, et pulchritudinem sentire virtutis, quam exemplis, vel recentibus si qua occurrunt, vel de historia, et ea maxime quae ipsa divina Providentia procurante, sive in Veteri, sive in Novo Testamento, excellentissimam auctoritatem Religionis recipit.»

Porque tenga buen lado quiero arrimar á estas palabras mi discurso. Inexcrutables son los caminos de Dios y sus secretos. Exclamó san Pablo: «O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei! quam incomprehensibilia sunt judicium ejus, et investigabiles viae ejus! Quis enim cognovit sensum Domini? Aut quis consiliarius ejus fuit? Aut quis et prior dedit illi?»

viendo que en el cuerpo vivo del hombre aun no podían conjeturar los principios ciertos del motin de los humores, ni de la discordia del temperamento humano, ni las veredas de la malicia de las dolencias, se valieron de la piadosa crueldad de la anatomía. Cortaron el difunto, y fué descubierta con heridas profanas la naturaleza. Registraron los ojos la corte de la vida en el corazón, las oficinas del estómago, los miembros, ministros en las entrañas; los depósitos de las venas, y en la cabeza el alcázar sublime de las potencias y sentidos. Aprendieron lo que no pudieron conjeturar; y fuéles advertencia el arte facinorosa, y el muerto despedazado fué docta y útil leccion para los vivos. Galeno por este camino se confiesa discípulo de una cebolla, pues lo que no pudo entender en el que curaba cuando vivía, supo abriéndole despues de muerto.

Yo pues, para mostrar por dónde vino en los hombres la divina Providencia á los fines de su justifica-

cion, haré anatomía de algunas vidas de los más ilustres y considerables: la de Adán, primer hombre; la de Saul, primer rey del pueblo de Dios; la de Salomón, el rey más sábio y rico. Por la gentilidad, la de Alejandro Magno, la de Anibal, la de Julio César. Por el Testamento Nuevo, Júdas, el Buen Ladrón, san Pablo. Por el estado político, la república de Roma, la monarquía de Roma, la tiranía de Roma. Ultimamente, Roma desquitada y enmendada; y restituida, de esclava, á universal señora de las gentes por los santísimos sucesores de san Pedro.

Descubriré en tan esclarecidos cadáveres tantas advertencias como partes y fibras, y dejaré para mayor enseñanza en los huesos el bulto que opaco los escondía (a).

(a) Paréceme que el epitome de tales vidas debió quedar en solo proyecto.